

Descomponiendo la Sonata ritual: la región cultural, la etnografía y el concepto de indígenas, desplegados en esa publicación colectiva¹

Rodrigo Megchún Rivera²

Trejo, I; A. Gómez, M. González, C. Guerrero, I. Lazcarro y S. M. Sosa, (2014) *Sonata ritual. Cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca meridional*. México, INAH.

Introducción

La presente reseña se enmarca en la revisión que los integrantes del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM), del INAH, han buscado elaborar respecto a la propia producción bibliográfica del Programa. El cual, recientemente, ha cumplido veinte años de despliegue académico (1999-2018), lapso en el que se han publicado varias decenas de libros, mientras otro tanto espera en prensa. Al respecto cabe referir que *la Sonata ritual* (Trejo *et al.*, 2014) representa, no una síntesis sino una rearticulación y relativa reelaboración de tres ensayos escritos en el marco del Programa (correspondientes a las líneas de investigación que abordaron: “procesos rituales”, “cosmovisión y mitologías” y “chamanismo, nahualismo y sueños”), en los que previamente participaron varios de los autores del libro. En las páginas siguientes se trata de destacar algunas de las tensiones presentes en *la Sonata ritual* (2014), en torno a tres ejes vinculados al planteamiento general del Programa: ¿cuál es el entendimiento y tratamiento que en la obra se hace de “la región”, de la “etnografía” y de los “pueblos indígenas”?

Más que ser juez y parte, esta reseña representa un “fuego amigo” (y de ahí parte la dificultad en su elaboración). En efecto, el vínculo que guardamos varios de quienes hemos integrado el Programa fácilmente podría conducir a redactar una reseña elogiosa, carente de cuestionamientos. No obstante, como parte de un carácter académico, en el Programa se ha insistido en la necesidad de elaborar reseñas críticas de los textos

producidos en su seno. Tomar en serio nuestras publicaciones al destacar algunas de sus tensiones, lagunas y presupuestos. Vienen a cuento las palabras de Foucault: “La única marca de reconocimiento que se puede testimoniar a un pensamiento [...] es precisamente utilizarlo, deformarlo, hacerlo chirriar, gritar” (Foucault, 1979: 101). En lo que sigue buscaré “hacer chirriar” o, digamos, desafinar un poco, a *la Sonata ritual*. De cualquier forma, espero no deformar la obra en la búsqueda de los tres ejes referidos (lo cual en su momento me harán saber los autores, entrañables colegas).

La Huasteca sur como región cultural

La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando éstos aparentan dedicarse precisamente [...] a transformar las cosas, a crear algo nunca visto [...] es precisamente cuando conjuran temerosos en su exilio los espíritus del pasado, toman prestados sus nombres, sus consignas de guerra, su ropaje, para, con este disfraz de vejez venerable y este lenguaje prestado, representar la nueva escena de la historia universal (Marx, 2003:13).

En *la Sonata ritual* Leopoldo Trejo, Arturo Gómez, Mauricio González, Claudia Guerrero, Israel Lazcarro y Sylvia Sosa plantean a la Huasteca sur como “área cultural”, en la que cuatro grupos étnicos (nahuas, otomíes, tepehuas y totonacos) comparten una forma de hacer y entender el ámbito ritual: aquél de los recortes de papel, la confección de cuerpos y de fetiches antropomorfos, la ofrenda y el sacrificio. El ciclo ritual que los autores analizan, para los cuatro grupos señalados, comprende los siguientes momentos: “el costumbre” (ofrendas colectivas a las entidades fastas y depósitos a las nefastas); el Carnaval y Todos Santos; así como las ceremonias de nacimiento, matrimonio y muerte.

Lo que está en juego en y mediante estos ritos, es la salud y la enfermedad, la comunidad y el religamiento, los ciclos de vida y muerte, el presente y el mañana. El ritual reconoce y atiende a las fuerzas, entidades y pulsiones nefastas (entre ellas, la envidia), para, en otro momento, ofrendar a la ventura y vitalidad. Los rituales abordados en el libro representan tiempos y lugares específicos en los que sus participantes correlacionan todo lo existente —acaso lo equilibran momentánea y parcial-

¹ Reseña del Equipo Regional Huasteca Sur-Sierra Norte de Puebla, coordinado por Israel Lazcarro Salgado, dentro de la línea de investigación “Las regiones indígenas a prueba de la etnografía” (2018) del Programa Nacional de Etnografía de las Regiones Indígenas de México (PNERIM) del Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH).

² Posdoctorante en la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. Correo de contacto: coniklecoy@hotmail.com

mente— a través de especialistas, formas y secuencias. Se trata de dones y contradones establecidos entre personas y entidades que conviven desde sus diferencias y jerarquías.

Pero como en las buenas novelas, lo anterior es sólo la trama general en torno a la cual gira *la Sonata ritual*. La riqueza para esta publicación está en la minuciosa descripción y análisis de los cómo, cuándo y dónde relativos a este universo ritual. En el sistemático trabajo de comparación. En la propuesta de lógicas y formas generales de los ritos en cuestión. Incluso, en la búsqueda por escapar a las explicaciones dualistas, toda vez que los autores resaltan las excepciones a la norma, lo no clarificado del todo por la exégesis, las apropiaciones y contradicciones del ciclo ritual.

Una de las tensiones analíticas del libro puede ubicarse en el planteamiento simultáneo de una dimensión regional y de los pueblos indígenas como unidades de pertenencia, entendimiento y práctica. Por una parte, en términos metodológicos el trabajo busca escapar a los estudios de comunidad, al plantear al sur de la Huasteca como “área cultural” (en general, los autores no hacen mayor distinción entre región y área). En la cual tiene lugar una serie de entendimientos comunes entre los integrantes de los cuatro grupos etnolingüísticos, como parte de profundos lazos, continuados en el tiempo y el espacio. Esta región cultural es propuesta sin pretender que coincida con las fronteras políticas de los municipios o los estados, toda vez que los autores plantean explícitamente no estar interesados en trazar rígidas fronteras geográficas. En todo caso, su búsqueda es de epicentros, ecos y confluencias.³

Los lectores que buscan la novedad analítica pueden regocijarse con partes de la obra, en relación con el planteamiento de una escala regional de la cultura. Ello no como la mera sumatoria de componentes que, casi por accidente, ocurren en un mismo espacio, sino como un ámbito de expresión y práctica que no excluye la discusión y la diferencia. En efecto, los autores entienden esta “área cultural” como unidad, aunque lo suficientemente vasta y compleja para encontrar heterogeneidades, matices, variaciones sobre un mismo tema. Bienvenido un trabajo antropológico que busca romper con la delimitación casi estatal: una lengua, un territorio, una cultura.

Ahora bien, los autores buscan erigir el edificio regional con los cimientos para los grupos etnolingüísticos en tanto supuestas unidades de pertenencia. En medio de los volátiles aromas y sonidos, de la danza, la embriaguez y las ofrendas de



Trabajo de campo en Zapote Bravo. Zapote Bravo, Ixhuatlán de Madero, Veracruz, 15 de septiembre de 2015. Autor de la foto: Jonatan Cerros.

sangre que acompañan a este ciclo ritual, los autores preservan *los grupos étnicos y sus fronteras*. Así, por ejemplo, como parte del diseño de la investigación cada uno de los autores:

se hizo responsable del registro y documentación de un núcleo indígena: [...] Trejo con totonacos de Pantepec (Pue.), [...] González con nahuas de Ixhuatlán de Madero (Ver.) y Xochiatipan (Hgo.), [...] Gómez con nahuas de Chicontepec (Ver.) y con tepehuas de Ixhuatlán de Madero (Ver.), [...] Lazcarro con otomíes, de Ixhuatlán de Madero (Ver.), [...] Sosa con otomíes de Pantepec (Pue.), y [...] Guerrero con tepehuas de Zontecomatlán (Ver.) (Trejo *et al.*, *op.cit.* : 33)

En la división del trabajo que estos seis autores acordaron, a cada uno le correspondió un pueblo indígena (a excepción de Gómez, quien trabajó con nahuas y tepehuas). En efecto, las adscripciones étnicas ordenaron el trabajo etnográfico. Al canon decimonónico de una lengua, una cultura, un territorio, se sumó un antropólogo o antropóloga. Como corolario de esta distribución, en la primera parte del libro, la pertenencia étnica representa una nítida y específica expresión del “canon ritual” de la Huasteca sur; por lo que los autores hablan de “la variación” otomí, la nahua, la totonaca y la tepehua.

Pero el asunto es más complejo que la mera organización del trabajo de campo. O mejor dicho, la organización del trabajo de campo pareciera corresponder a una organización precedente, más vasta: el presupuesto de que las agrupaciones lingüísticas corresponden directamente a culturas. Lo cual es sustentado por los autores en los siguientes términos:

A lo largo de [la primera parte del libro] veremos que la labor de desciframiento [del ritual] es limitada, y tal vez sólo pertinente al interior de los grupos lingüísticos, por lo cual no es sugerente a escala regio-

³ La región que abordan específicamente los autores corresponde a “la confluencia de los estados de Hidalgo, Veracruz y Puebla” (Trejo *et al.*, 2014: 21); en todo o parte de los municipios de Pantepec, Ixhuatlán de Madero, Chicontepec, Zontecomatlán y Xochiatipan.

nal [...] ¿Qué pasa con el cifrado e interpretación del ritual cuando son varios los grupos étnicos y lenguas interactuando en él? Después de contrastar registros posteriores, pudimos postular la existencia de dos niveles distintos de aprehensión del ritual entre los pueblos de la Huasteca sur: uno inmediato y general que se halla anclado en la forma; otro, ciertamente más profundo, que requiere del conocimiento y manipulación de códigos exclusivos de cada uno de los pueblos indios (*Ibid*: 26-40).

De esta manera, el entendimiento regional de los rituales se refiere a cuestiones “inmediatas y generales” —casi autoevidentes—;⁴ mientras la comprensión más profunda de los ritos estaría anclada a la lengua y la identidad.⁵ En este trabajo los grupos etnolingüísticos corresponden a un axioma: frente a los muy ricos detalles que los autores nos brindan en materia de expresiones rituales, en relación con las delimitaciones étnicas no problematizan, por ejemplo, cómo se produjo y reprodujo esa separación y distinción, pese a la continuidad histórica de los vínculos entre los grupos etnolingüísticos.

Los autores buscan trascender categorías analíticas como la de región, pero no se muestran dispuestos a fisurar del mismo modo algunas de nuestras actuales categorías de análisis y producción de la diferencia (los grupos étnicos como universos culturales). Lo cual da la impresión de que los compositores de esta *Sonata* estructuraron su obra con base en un canon recurrente. Pese a la potencialidad del análisis de las “culturas regionales”, el trabajo representa una variación sobre un mismo tema de la antropología mexicana: los grupos etnolingüísticos como unidades de entendimiento y práctica. De entrada, para los antropólogos. En efecto, una categoría canónica admite variaciones radicales sin que su estructura se resquebraje.

Etnografía muy otra

La especificidad, incluso complejidad, del trabajo etnográfico que presentan Trejo, Gómez, González, Guerrero, Lazcarro y Sosa (*Idem*) tiene que ver con el hecho de que, en buena medi-

da, buscan hacer una etnografía del “mundo otro”. Aquel de los ritos, los sueños, las fuerzas celestes, el inframundo. Y como cabe imaginar, debe resultar harto difícil hacer una etnografía de lo metafísico y esotérico: el intentar rastrear en los ciclos rituales, las ofrendas y las figuras antropomorfas, las múltiples interpretaciones y la liturgia de los devotos y especialistas. Al grado en que los autores emplean la categoría de “etnografía” como manto de legitimidad de su obra (aunque no definen qué entienden por ella). Así, en reiteradas ocasiones habrán de desmarcarse de los trabajos de corte “sociológico”, o bien “economicista”, al señalar que ellos sí hacen “etnografía”. “Estar ahí”, en torno a las lógicas del orden cósmico y ritual. Y, sin embargo, al lector le resultaría más ilustrativo —sobre todo a los y las antropólogas— si los sujetos de estudio fueran contextualizados con mayor detalle. Si la historia de las prácticas abordadas fuera delineada en lo general. Si fueran descritos los usos locales de las narraciones recopiladas. Si se desarrollara menos la cosmogonía y teología de estos grupos, y más el entramado de relaciones sociales que se ha construido en torno a éstas.

Cabe precisar, en distintos momentos los autores hacen efectivamente un análisis de los efectos y trasposiciones del ámbito ritual en las dinámicas sociales de la población de estudio. Ello tiene lugar, por ejemplo, al analizar los espacios de difusión de los sueños, el combate a la envidia, o el proceso de iniciación de los “chamanes”. Sin embargo, en reiteradas ocasiones los autores parecieran tener prisa por llevar esa discusión al plano de la lógica simbólica o la ritual: ¿cuántas velas pusieron?, ¿hacia qué lado arrojaron la ofrenda?, ¿de qué color era determinado elemento?

En relación con ello, en la introducción los autores plantean la preponderancia de lo formal, al delimitar el ámbito ritual como “universo autónomo” (*Ibid*: 26). Con lo cual, pareciera no hablar de nada más que de sí mismo. Así como los “chamanes” con los que dialogaron, nuestros antropólogos parecieran hacer un recorte del ritual, fuera del tiempo y lo social, para ofrendarlo a una lógica estructural. En efecto, los compositores de *la Sonata* desarrollan con minuciosidad códigos, reglas, patrones, orden, formas y sintaxis de los espacios y dinámicas rituales; y escasamente, las indeterminaciones, los conflictos sociales articulados en torno a las prácticas, y sobre todo, las estrategias con que los fieles despliegan los ritos para interactuar, además del “mundo otro” (la dicotomía procede del texto), con el mundo terreno de los vecinos y familiares; las autoridades locales, estatales y nacionales; los comerciantes y contratistas; los antropólogos y espectadores de toda laya. Así, aunque las poblaciones de estudio estén signadas por profundas desigualdades y diferencias internas y externas; vinculadas activamente a mercados, ciudades, medios de comunicación, gobiernos; relacionados con distintas iglesias, partidos políticos, sistemas escolarizados; todo ello aparece como trasfondo. Alusión casual. A lo más, margen analítico.

⁴ A decir de los autores, el nivel regional de aprehensión del ritual corresponde a “contenidos muy básicos” y “principios ordenadores,” tan generales como arriba-abajo, afuera-adentro, macho-hembra, fasto-nefasto (Trejo *et al.*, 2014: 40).

⁵ El nivel etnolingüístico corresponde a la *comprensión*, dependiente de “códigos particulares que conforman cada estilo ritual —en donde la lengua y la identificación étnica evidentemente juegan un rol esencial— dejando poco espacio a la evocación, explotando al máximo el universo de significados” (*Ibid*: 41).

Con todo —y he de insistir—, los muy ricos datos que los autores presentan sugieren al ritual como campo de reflexión y articulación, no sólo en torno al “mundo otro”, sino también al contemporáneo. Así, por ejemplo, para los sujetos de estudio algunos cerros representan —y son tratados como— “gobernantes”; del mismo modo en que la bandera nacional es sacralizada y aparece en distintos momentos rituales. Pero nuestros etnógrafos del “mundo otro” prefieren indagar cuál es el significado del verde, del blanco y del rojo. En buena medida porque esa inclinación lógica y formalista obedece a un canon de otrificación y ontologización de “lo indígena”.

Pueblos indígenas

Los autores de *la Sonata* hacen un recorte selectivo de lo indígena. Al efectuarlo plantean, acaso sin proponérselo, una definición de tal población. Ya se mencionó que para los autores “lo indígena” tiene que ver con la lengua como universo de significación; y con las prácticas que efectúan los sujetos de estudio, en torno a determinado universo ritual y cosmológico. Así, por ejemplo, en un momento de la obra nos enteramos que algunos “mestizos” acuden con los especialistas “indígenas” para consultarlos y curarse. Pese a compartir parcialmente las prácticas rituales (como todos los grupos aquí abordados), estos “mestizos” no forman parte del “área cultural” analizada, porque esta última población ha sido (pre)definida como parte de otra cultura y tradición. Efectivamente, la lógica social y política de ordenación y división “cultural” suele ser reproducida en los análisis que, supuestamente, buscan desentrañarla.

Por supuesto, los autores no son los creadores de este canon de alteridad, pero sí los jóvenes herederos de una muy rica tradición en la antropología (particularmente, la mexicana): el arte del recorte sociocultural selectivo. Ciertamente, todo analista hace un recorte de sus sujetos y objetos de estudio, en cuanto que la perspectiva monográfica resulta hoy día fuera de circulación. No me refiero aquí a ese tipo de recorte sino,

en términos generales, a aquel que no logra conectar los fenómenos locales con contextos más amplios; al que no sigue las huellas del conjunto de elementos puestos en juego por el propio analista; al que detiene la reflexión cuando lo encontrado deja de resultar cómodo o adecuado.

Qué duda cabe, *la Sonata ritual* rastrea profundamente las huellas del conjunto de objetos y sujetos puestos en juego en el análisis del universo ritual de otomíes, tepehuas, totónacos y nahuas de la Huasteca sur. No por nada el libro tiene una extensión de cuatrocientas cincuenta páginas dedicadas exclusivamente al tema (además de contar con una serie de fotografías sumamente ilustrativas). Con todo, la obra pareciera tener un subtexto. “Los indígenas” resultan sujetos ritualistas, con instituciones tendientes a la reciprocidad y poseedores de saberes ancestrales (fuera de la historia y lo social). Como es bastante sabido en antropología, este subtexto es la versión positiva del planteamiento del indígena como atrasado, carente de conocimientos, belicoso e inhumano. Si bien ambos argumentos comparten cierta esencialización, u ontologización, de los sujetos.

Al respecto, resulta sumamente interesante el modo en que los presupuestos sobre la alteridad de “los indígenas” implican categorías y conceptos específicos para la población. Me limito a enunciar algunas categorías presentes en esta obra. Los indígenas no tienen especialistas rituales. Tienen “chamanes” (en este caso, los especialistas en el recorte de figuras antropomorfas) con toda el aura de sacralidad de la figura. Los indígenas no tienen creencias místicas o religiosas. Ellos dialogan, negocian e interactúan con el “Mundo otro”. Al respecto, en la obra no queda clara la procedencia de esta categoría. Da la impresión de ser un evocativo planteamiento de los autores, y no de los sujetos de estudio. Después de todo, los sujetos se posicionan como agentes activos en el mundo de fuerzas, pulsiones, relaciones y divinidades; con lo que ese mundo no resulta, “otro” o ajeno. Pareciera entonces que el canon de alteridad de “lo indígena” impone destacar y evocar espacios “propios”, “interiores”, “remotos”, “muy otros”.

Molto vivace

“Podré no estar de acuerdo con lo que dices,
pero defenderé hasta la muerte
tu derecho a decirlo” (*Vox populi*).

Desde mi perspectiva, los anteriores apartados representan las tensiones de *la Sonata ritual* en cuanto a los tres ejes indicados. No obstante, sería injusto dejar sin mencionar algunos de los muchos aportes del texto. Quizás el primero de ellos corresponda, en el terreno metodológico, al hecho de tratarse de una obra realmente colectiva. El presente no es un libro más en el que el diálogo entre los autores pálidamente tiene lugar en la introducción, mientras el resto de los capítulos resultan de plena autoría y reflexión individual. Si bien, como ya



De cerca al objeto ritual. Tututepec, Hidalgo, 6 de noviembre de 2016. Autora de la foto: Karina Munguía.

se señaló, los seis autores de *la Sonata* se dividieron el trabajo etnográfico, es claro que compartieron una serie de objetivos, lecturas, preguntas y discusiones. Todo lo cual da como resultado una obra con una gran riqueza etnográfica, e incluso un alto grado de erudición.

En relación con lo anterior también es de destacar la estructura del libro. En antropología —y las ciencias sociales en general— inicialmente suele presentarse a la teoría, para después introducir los datos producidos en campo; en parte derivados de aquella, aunque siempre con la intención de atenuarla o matizarla. En este caso, aunque en la introducción se efectúan algunos planteamientos teóricos, los autores dedican la primera y segunda parte del libro a la descripción del universo ritual; mientras la discusión teórica es pospuesta hasta la tercera parte. Se trata de un experimento radical de, primero, describir exhaustivamente, y sólo entonces “darse el gusto” de teorizar. Con lo cual la teoría adquiere un cimiento empírico considerable. Con todo, la primera parte puede resultar un tanto árida para el lector no especializado, y es en la segunda y tercera parte en que el texto adquiere toda su robustez.

Finalmente, he de señalar que esta obra mantiene un diálogo y discusión con un amplio conjunto de autores, pero de modo preponderante con cuatro referentes para la región: Jacques Galinier, Roberto Williams, Alain Ichon y Alan Sandstrom. Lo cual no tendría nada de extraordinario salvo que los autores de *la Sonata ritual* los revisitan con inusitada meticulosidad. Lo que incluye, por supuesto, el cuestionamiento, la relativización, y la relectura de lo dicho, siempre con base en datos etnográficos. Los compositores de la *Sonata* rinden un homenaje explícito a esas obras clásicas, sin por ello dejar de mencionar los límites de su época, abrir nuevas posibilidades analíticas, o generar nuevas preguntas. Un espíritu crítico y propositivo que nuestros autores asumen plenamente, y como parte de ello han extendido a los participantes del Programa la presente invitación —por momentos, exigencia—, a increpar su obra. Sabedores de que los respalda la solidez de su investigación y trayectoria, una reflexión infatigable, una bella prosa, una extraordinaria apertura autocrítica; pero sobre todo, la pasión que guardan por una población y una disciplina.

Referencias bibliográficas

- Foucault, M., (1979) *Microfísica del poder*. España, Ediciones La Piqueta.
 Marx, C., (2003) *El Dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*. Madrid, Fundación Federico Engels.
 Trejo, L., A. Gómez, M. González, C. Guerrero, I. Lazcarro y S. M. Sosa (2014) *La Sonata ritual. Cuerpo, cosmos y envidia en la Huasteca meridional*. México, INAH.

